

TEXTO: GONZALO CORREA

INTRODUCCIÓN AL N° ¿LOS ANIMALES TRABAJAN?

Las fronteras entre lo humano y lo animal son difusas, cambiantes e incluso aberrantes. Desde la modernidad, el trabajo se ha convertido en uno de esos marcadores que han funcionado como cortafuegos para preservar la supuesta pureza de lo humano, separándolo de lo animal.

El pensamiento moderno situó al ser humano como aquel ser que habla, vive y trabaja, y, con ello, erigió un conjunto de atributos considerados exclusivos: la simbolización y la abstracción, la capacidad de proyectar, planificar y concretar conforme a una idea, así como la conciencia de la finitud y de la muerte. Estas cualidades se presentaron como la culminación de una evolución ascendente que encontraría en el humano su punto más alto. De allí derivan expresiones como “el humano es el único animal que habla” o “el humano es el único animal que trabaja”, que han reforzado la ficción del excepcionalismo de especie.

Sin embargo, ese excepcionalismo se desmorona cuando se observan los modos de existencia de otros seres y sus propias formas de acción sobre el mundo. La araña de agua europea teje con su tela una burbuja o escafandra que le permite sumergirse y respirar bajo el agua; el pulpo mímico es el único invertebrado capaz de imitar no solo los colores y texturas, sino también las formas y comportamientos de múltiples animales; el tardígrado, al entrar en un estado de criptobiosis, puede resistir condiciones extremas que aniquilarían a cualquier otra forma de vida.

Si el trabajo se entiende como la capacidad de transformar el entorno mediante acciones organizadas, planificadas o adaptativas, entonces este no puede seguir considerándose una actividad exclusivamente humana. Es precisamente a partir de esta idea que los escritos aquí reunidos se posicionan para dar cabida a una serie de reflexiones epistemológicas, ontológicas y políticas.

El artículo que abre esta serie, del cual soy autor, lleva por título “Sobre el trabajo (no) humano”. En él propongo una revisión crítica de la idea moderna del trabajo como atributo exclusivamente humano. A partir de autores como Marx, Arendt y Foucault, analizo cómo el trabajo ha funcionado históricamente como dispositivo de separación entre lo humano, lo animal y la naturaleza. El texto explora nociones como la antropoiesis —la autoconstitución de lo humano a través del trabajo— y muestra cómo esta operación se sustenta en un gesto de excepción y jerarquía. En diálogo con perspectivas contemporáneas, argumento que el trabajo no puede entenderse fuera de los ensamblajes multiespecies, donde los animales participan como agentes, materiales y cotrabajadores de la vida y de la producción social.

El siguiente trabajo, escrito por María Fernanda de Torres Álvarez y titulado “Trabajar y vivir con animales”, aborda, desde una perspectiva etnográfica y crítica, el trabajo animal como práctica relacional que configura modos de vida compartidos entre humanos y otras especies. Recurre a investigaciones del Animal’s Lab para analizar distintas formas de cooperación interespecie —en la ganadería, el espectáculo, el cuidado o el deporte—, proponiendo entender el trabajo como un proceso sensible y afectivo que implica inteligencia, improvisación y placer, y no solo esfuerzo o explotación. El texto cuestiona tanto la lógica industrial que reduce a los animales a materia como las posiciones abolicionistas que los borran de la vida común, y proponiendo en cambio una ética de la coparticipación y del cuidado entre especies, extendida incluso a las plantas.

A continuación, el artículo de Martín Dabezies, titulado “‘Trabajadores indisciplinados’: el trabajo de los perros de caza entre la multiespecie y la biopolítica en Uruguay”, analiza la caza de jabalí con perros en Uruguay como una práctica multiespecie en la que los animales actúan como verdaderos trabajadores y coproductores de saberes, afectos y técnicas.



Rumiante-033 de la serie
Rumiantes de Sebastián
Santana Camargo, Uruguay.

Inspirado en Donna Haraway y en los estudios de la gubernamentalidad, el texto describe cómo las transformaciones bioéticas, tecnológicas y regulatorias están desplazando a los perros del proceso cinagético, al percibirlos como cuerpos indisciplinados frente al ideal de control biopolítico. Su exclusión, sostiene, no solo transforma la práctica de la caza, sino que erosiona una forma de vida compartida entre humanos y animales, empobreciendo la comprensión del trabajo como experiencia relacional, sensible y común.

Después llega el turno de Fernanda Ramos Monza, titulado “De una vergüenza desplumada”, aborda la pregunta por el trabajo animal desde una escritura situada en las epistemologías feministas y en los estudios multiespecie, elaborando un texto fragmentario, relacional y guiado por la duda. A partir de autores como Derrida, Haraway, Butler, Wolfe y Despret, problematiza las categorías modernas de animal, humano, trabajo y explotación, subrayando cómo la precariedad atraviesa de manera diferencial las formas de vida. El texto despliega tres momentos: una crítica a las nociones falocéntricas que homogeneizan “al animal”, una reflexión sobre la precariedad como norma que organiza jerarquías de lo vivible, y finalmente una narrativa encarnada sobre la violencia industrial del desplume de gansos, donde la vergüenza se vuelve motor epistémico. Ramos propone el rastreo —siguiendo a Morizot— como método para componer historias multiespecie que expongan las tramas de sufrimiento y explotación, sosteniendo que, allí donde la producción implica dolor, encierro y muerte, no es posible hablar de trabajo sino de explotación. Su contribución final es una apuesta ético-política por fabular otras historias que permitan imaginar responsabilidades compartidas y modos de cohabitación que no reproduzcan prácticas de olvido.

Finalmente, el trabajo de Rubén Gómez Soriano y su artículo titulado “¿Para quién trabajan los simios? De la esclavitud

colonial a la ciencia moderna”. En él, Rubén examina la historia de los simios en el pensamiento occidental desde el siglo XVIII, cuando fueron imaginados como sirvientes o esclavos naturales en el marco del colonialismo y de la naciente ciencia moderna. A través de figuras como Lord Monbodo, Edward Long o Víctor Meunier, reconstruye cómo los discursos racistas y evolucionistas entrelazaron la animalidad y la esclavitud humana, proyectando en los simios una función de mediación entre lo humano y lo animal. El artículo muestra cómo esta genealogía desemboca en la ciencia moderna, donde los primates devienen trabajadores experimentales y “sirvientes de la ciencia”, lo que plantea una pregunta provocadora sobre la persistencia contemporánea de esas relaciones de dominación: ¿para quién siguen trabajando los simios?

Este número incluye, además, un texto corto del artista Sebastián Santana, quien presenta su trabajo inacabado llamado Rumiantes. Así, acompañando su presentación, se exponen una serie de dibujos de esta colección con el fin de incluir otros lenguajes para reflexionar en torno a las relaciones inmanentes entre la humanidad y otras formas de vida, sus simbiosis, sus contagios, sus mutuas afectaciones y sus devenires colectivos.

A fin de cuentas, las lecturas aquí evocadas sostienen que el trabajo se produce y se sostiene en colectivos multiespecies, donde la agencia se distribuye entre cuerpos, tecnologías, materiales y seres vivos de diversas procedencias. En este sentido, reconocer las formas de trabajo no humanas no es una metáfora, sino una manera de descentrar la mirada antropocéntrica y comprender que la vida —en todas sus manifestaciones— siempre trabaja. No cabe duda de que se desprende aquí una tarea destinada a rumiantes.

Gonzalo Correa por *Materiaviva*